

de aceptar la responsabilidad de sus acciones y de decir francamente la verdad. (Señales numerosas de aprobacion en el auditorio.)

*Pieri*. Escucho con reconocimiento y con placer todo lo que teneis la bondad de decirme: yo no soy tan temerario que me atreva á hacerme el juez de los reyes y de los pueblos: vos me preguntais la verdad, no hay mas que una y yo la digo.

*El primer Presidente* termina el cuadro de los antecedentes de *Pieri* dignos de su actitud. Recuerda el robo del reloj en 1830: un robo de un paraguas en 1833. Refugiado político en Francia, donde ejerció el oficio de bonetero, *Pieri* se alistó en la legion extranjera, y obtuvo en Argel el grado de subteniente. Despues de la restauracion del gobierno del Gran Ducado, en Toscana un relato del Consejo de Ministros espone asi las violencias á que se entregó *Pieri* durante la guerra civil. «Con la esperanza de que los sucesos políticos le ofrecieran en Italia ocasion de mejorar su suerte, reclutó en Lombardía cuarenta aventureros, y dirigiéndose en seguida á Toscana, se comprometió el 13 de setiembre de 1848 con el ministro de la Guerra á formar por el período de cuatro años un batallon extranjero de tiradores, compuesto de noventa hombres y mandado por él con el grado de mayor.

»Cuando se estableció el Gobierno provisional, faltó á la fé prometida al Gobierno del Gran-Duque, y secundado por el padre Ciambastiani con dos compañías que tenia á sus órdenes, cometió los mayores excesos en la provincia de Pistoia y en la jurisdiccion de San Marcelo para castigar, segun él decia, á los habitantes de aquel país por la adhesion que mostraban á su legítimo soberano.

»Fue tal la indignacion que escitó, que para atravesar poco despues el valle de Nievalo, necesitó recurrir á la intervencion y al apoyo de algunas personas notables.

»Se dirigió en seguida sobre el territorio de Luca donde plantó, haciendo mil extravagancias, los llamados árboles de la libertad. Amenazaba á los que se negaban á rendirle homenaje, y hacia responsables á los obispos del espíritu de su clero. Instituyó clubs, autorizó las violencias de su partida, y fue uno de los principales cooperadores de la destruccion del Gobierno monárquico-constitucional.

»Aun cuando en la restauracion del Gobierno, *Pieri* no haya tratado de hostilizarle de ningun modo y que hasta haya secundado esta restauracion, el Consejo de Ministros no puede dispensarse de pedir su destitucion del grado que tiene en el ejército, y la supresion del sueldo que cobra del tesoro público.»

Hé aquí, continúa el Presidente, hé aquí al hombre que se encuentra en París en compañía de otros conspiradores de su especie, y que quiere privar á la Francia y á la Europa de un genio, de un grande hombre, de Napoleon III.

*Pieri* protesta contra estas notas oficiales.

Se pasa al exámen de testigos.

El cabo de municipales, *Michot*, solo ha sido testigo de la escena de turbacion que ha seguido al atentado.

*Peraldi*, oficial de paz, fue derribado en tierra por una de las explosiones, y no pudo ver si los proyectiles venian de arriba ó de abajo.

*M. Devisme*, armero, y *Piot*, jefe de un escuadron de artillería, dan cuenta del análisis que han hecho de la bomba y de la sustancia fulminante. La cubierta de fundicion, segun *M. Devisme*, debia dividirse á lo menos en doscientos trozos, lo que daba á lo menos seiscientos fragmentos.

*El Presidente*, á Orsini. ¿De dónde habeis sacado la pólvora fulminante?

R. Primeramente traté de fabricarla yo mismo, pero comprendí que esto ofrecia muchos peligros.

P. ¿Dónde la comprásteis?

R. No puedo decirlo.

*Plondeur*, armero empleado en casa de *Devisme*, reconoce á Orsini, *Pieri* y Gomez, como habiendo venido sucesivamente á comprar y componer una pistola revolver: al parecer llevaban mucha prisa.

*Teodoro Doersch*, mozo de servicio en la fonda de Francia y de Champaña, ha visto á Rudio despues del atentado. Se manifestó muy impasible, y dijo que era muy mal hecho, anunciando su intencion de partir de París.

*La viuda Brion*, que dirige la misma fonda, ha visto ir y venir á los cuatro acusados. Solo les ha oido llamarse con los nombres falsos.

*Pieri* dijo entonces. Andreas es uno de mis pre-nombres, y la señora, al copiar mi pasaporte, se habrá detenido en mi prenombre.

La señora *Morand*, portera en la calle de Monthabor, núm. 10, ha visto entrar á Orsini herido. Decia que no sabia lo que habia sucedido, que pensaba marcharse porque habian querido asesinarle los franceses.

*Orsini*, sonriendo. No soy tan necio para haber dicho lo que esa pobre mujer refiere. Su poca comprension la hace hablar asi. Yo he dicho que iria á ver á mi embajador para partir.

*El procurador general*, al testigo. ¿No decia que habia encontrado al Emperador en sus paseos á caballo?

*El testigo*. Sí; y que estaba muy contento porque tenia un buen caballo que corria mas que los de esos señores.

*Claudio Williaume*, mozo de fonda, cuenta que encontró una bomba en la acera de la calle de Rosini, y al decir que su primer movimiento fue arrojarla á la calle, produce una viva sensacion en el auditorio.

*Juan Kim*, peon caminero, iba á echar arena en la entrada reservada para el paso de los carruajes de la corte, cuando se vió obligado á mandar salir á dos hombres que, á pesar suyo, se empeñaban en entrar en el pasage. Eran estos *Pieri* y Rudio, costándole trabajo el hacerles salir.

*Rudio*. Es falso.

*Pieri*. Es un gran error. En Mazas no me reconoció y dijo: «¡Cál! ¡no está aquí!» Pero reconoció en seguida á Rudio. Entonces volvió á mi calabozo y dijo: «¡Ah! ¡este debe ser!» De esto solo viene nuestro conocimiento. Entonces el señor juez instructor, respondió: «¡Sí, sí, éste debe ser, vamos ya es hora.»

El testigo interrogado sobre la hora en que ocur-